

El jardín de los niños muertos

LUZ ENITH ARIAS RESTREPO

“...Al otro día sí me levanté y le serví el desayuno al Riqui. Lo único que me dijo era que esa vaina sí sabía a desayuno y salió y se fue. Entonces me entré pa’ la pieza, saqué el frasco y me fui pa’ el solar. Allá le eché la bendición y bauticé al feto, lo puse Beto, por el parecido con lo que era, y le recé un padrenuestro. Pero me fijé un pacto con él, le dije: “Beto, usted que no alcanzó a nacer y que no conoce la maldad de este mundo va a proteger esta casa de los demonios y malevos, yo le prometo que de hoy en adelante dejo de andar putiando por ahí”. Y así fue. De hora en punto que no volví a salir a joder con nadie por las noches...” Estas son las palabras de uno de los personajes del reportaje de Luz Enith Arias, “El aborto provocado y su incidencia en la salud pública de Medellín”, otro de los trabajos que recibió mención de honor en la primera promoción del posgrado en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.

Aquí todos en la cuadra me llevan la mala. Pero sabe qué vieja Paulis, pa’ Dios que me llevo por el culo a los Marios. Ellos son los que andan regando el cuento de que Marina tiene Sida y por eso nadie volvió a pichar con nosotras y ¿sabe qué parece?, son hasta descarados esos hijueputas, hace dos meses vinieron a que les fiáramos una papeleta de coca y yo me fui de tropel con ellos y hasta le eché navaja a uno. ¿Usted vio que el flacucho ese estuvo encerrado que tiempo?, eso fue por la tales.

Vieja Paulis, yo empiezo a trabajar con el negocio de los chances todos los días a las cinco de la tarde. Abro esta puerta, saco mi cajón y no pasa más de media hora cuando ya hay dos o tres motos parqueadas al pie mío diciéndome: “Maryory una bola, Maryory una papeleta, y así...”. Eso es lo que le duele a la gente, ellos piensan que uno está consiguiendo plata y se azaran todos. Pero nadie ha sido capaz de montar la competencia, es que no es tan fácil conseguirse la droga y menos ahora que todo el mundo anda encima de uno, los tombo, los milicianos, los de la banda del Ratón. Esos hijueputas me tienen volando.

La semana pasada llegó el Ratón y otros dos, me pidieron una papeleta, y aquí el que compra mil pesos de mercancía sabe que tiene que dejar doscientos más para el chance, me entiende, hay que cuidar la fachada. Entonces, estos maricas

se fueron de tropel conmigo porque no me querían dar lo del chance, pero yo no me le arrugo a nadie, parce, y enfrenté al Ratón y ¿sabe qué? él se quedó calletano y se llevó a los otros dos. Ese Ratón me gusta como un putas, yo con él me gasto mi rollo, él sabe cómo son las cosas conmigo.

Yo no tuve hijos con el malparido de mi marido que debe estar hirviendo en los putos infiernos, aunque no niego que por él se criaron mis nueve hermanas y yo. Usted sabe que a mi cucho lo mataron por vicioso cuando yo tenía 16 años. La cucha estaba preñada cuando el tales se murió, tenía dos meses, y ya le he contado Paulis que ella se murió cuando estaba pariendo a Yusney, que es la menor de todas. Por esos días yo me andaba cogiendo con un cucho de 40 años que era viudo y al ver el hijueputa hambre que se nos venía encima pues me casé con el Riqui.

Él y yo tomamos las riendas de la casa. Pero yo era una cagona y no me gustaba sino vivir en la calle chimbando por ahí con los pelaos y tales. Me iba p’a la casa de una cucha de 50 años que vive por Aures, hoy en día ya hasta gacha está, y me metía allá con los pelaos, ¿me entiende? La cucha me alcaheteaba, ella decía que yo estaba muy joven pa’ encerrarme al lado de un catano. Yo le colaboraba ahí con los tipos que llevaba y se los dejaba calentar primero a ella. Eso les hacía estriptis y les mostraba esas tetas

todas caídas, los tocaba por todas partes y me los pasaba a mí cuando ya los tenía arrechos. Ella se quedaba con nosotros y se masturbaba viéndonos pichar. A mí me gustaba así y a los pelaos también.

El Riqui ya se había acostumbrado a que yo me le perdiera por las noches. El decía que me tenía confianza y que yo era joven y me tenía que divertir. Lo único que no me perdonaba era que saliera antes de que él llegara del trabajo, que me le quedara más de la una de la mañana, que no le tuviera ropa o comida arreglada o que no me dejara montar de él por la noche cuando llegaba de la calle. Si le jugaba una de esas me iba de cascada. Pero como nosotras éramos puras mujeres, yo las ponía a todas a trabajar en lo de la casa y lo demás se entiende, a la final yo era su mujer.

El Riqui nunca bebía. Él respondía por todo lo material ¿me entiende?, comida y esas vainas y también por lo espiritual. A mis hermanas les ponía disciplina, les enseñaba a rezar, a ser responsables y cumplidoras del deber. Nunca las dejaba salir ni a la puerta de la calle a no ser que él las acompañara y me tenía prohibido dejarlas hablar con algún extraño. Yo al principio traté de contrariarlo y le daba permiso a las peladas pa' que salieran, pero ellas se lo contaban a él y claro, eso era maderiada fija. Después, viendo todos los vicios de la calle yo hasta le agradecía que ni siquiera les permitiera ir a la escuela. Las cuatro mayores fuimos las únicas que logramos terminar el quinto de primaria, a las demás el Riqui les enseñó a leer y escribir, pero nunca asistieron a una escuela.

Mi marido nunca llegó a cascar a ninguna de ellas, cuando alguna güevoncita le hacía alguna cosa me cascaba a mí delante de

ellas pa' enseñarles cómo se reprende a una mala persona. Los domingos, que era su único día libre, las llevaba a misa de doce, las sacaba a caminar por ahí, les daba cono y llegaban a la casa a las cinco de la tarde, él marcaba como un reloj. Yo me tenía que quedar hasta que llegaran pa' serviles la comida y después arrancaba calle arriba.

Cuando llegaba del trabajo o de misa los domingos, él siempre se encargaba de cerrar los postigos de las ventanas de la sala y las tres piezas, después les daba la comida a las cuatro menores —la Maritza, la Amparo, la Catalina y la Yusney— y a las seis en punto se encerraba con ellas para hacerlas dormir. Luego se iba a rezar el rosario con las otras cinco mayores —Teresa, Marina, Yiset, Juana y Adiela— que dormían en la pieza de la mitad. Allí se quedaban rezando hasta que daban las once y luego mi marido se iba pa' la pieza de nosotros, la que queda a la entrada de la casa a esperarme.

Al principio las cosas de ese cucho me transaban, pero a los cinco años de andar en la misma empecé con un presentimiento raro. Es que sabe qué, a ninguna de ellas como que le interesaban los hombres y ya estaban en edad. Yo tenía como 21 años y réstele a eso de a diecisiete meses por cabeza. A ellas no les interesaba ni salir a la calle ni esas vainas. ¿Sabe qué? A mí eso como que no me transaba, pero con tal de que me dejaran mi vida en paz yo tranquila. Él me decía que era su esposa y que conmigo las cosas eran distintas, que yo ya era pecadora y que podía ir donde quisiera. Mientras me mantuve en esas andanzas todo marchó a lo bien en la casa, nunca tuvimos problemas y yo me sentía volando parece, cualquiera ¿si o no Paulis?

Hasta que una vez invité a cuatro pelaos a la casa de la

cucha, ¿si o qué? Yo quería experimentar con todos, pero los manes me faltoniaron y se aparecieron todos trabaletas con otros seis. Cuando tocaron la puerta yo abrí y al ver esa gallada tan hijueputa intenté cerrar otra vez pero ellos no dejaron. Yo me azaré toda y me puse mosca parece. Pero ellos llegaron como en son de paz y se sentaron ahí en el colchón. Es que esa casa no tenía sino esa sala, en la que había un colchón, un taburete y una matera; una cocina, en la que no cabía sino el fogón y las ollas; un baño que no tenía la taza y un espejo y una pieza con una cama, un nochero y un escaparate. Entonces, como le digo, los manes se sentaron y se prendieron un bazuco.

La cucha y yo nos quedamos paradas mirándolos, no nos atrevíamos a hacer nada. Hasta que dos de ellos se pararon y uno la cogió a ella y empezó a tocarla, el otro me cogió a mí y me empezó a desabotonar la blusa. La cucha intentó zarfársele al maricón pero ahí mismo se pararon las otras gonorreas y unos la cogieron a ella y otros a mí, y empezaron su hijueputa clavada. Usted no sabe Paulis la puta rabia que todavía me da. Eso si fue de lo más tenaz parece. Las dos quedamos tiradas en el suelo. Yo veía todo dando vueltas de los golpes que me dieron cuando me chocaban la cabeza contra el suelo como si quisieran partírmela, me dejaron las tetas sangrando de los arañetazos y mordiscos que me pegaron esas gatas hijas de perra y de lo de abajo... yo pensé que se habían llevado mi chimba de recuerdo.

No fui a amanecer a la casa y llegué al otro día cuando el Riqui ya se había ido a trabajar. La cucha me prestó ropa. Cuando llegué, mis hermanas me estaban esperando y empezaron a echar cantaleta y a decirme que nunca

habían visto a mi marido tan enojado como ese día. Entonces, yo me llevé pa' la pieza a Teresa, que es la hermana que me sigue a mí pa' abajo, y le conté todo. Usted no la conoce Paulis porque ella nos dejó encartadas con el Romelio, el mayor de los caguetas, y se abrió de aquí hace años. Y ella se puso a hacerme remedios pa' que se me quitaran las heridas y Riqui quedara sano del rollo. A las cinco de la tarde llegó él de la construcción. Me entré pa' la cocina a servirle la comida, cuando lo veo aparecer con el palo y me pegó una cascada que pa' Dios que todavía no se me olvida.

Esa fue la primera vez en los cinco años que llevábamos viviendo juntos que no salí a la calle. Pero al otro día, él se levantó todo arrepentido y le dijo a las otras que no me dejaran levantar de la cama hasta que él volviera. Cuando llegó, me dijo que me fuera pa' la calle y que ya sabía a qué horas tenía que estar en la casa. Yo le dije que no quería salir y él me dijo: "si lo que quiere es que la vuelva a cascar, entonces quédese".

Durante casi un mes me seguí yendo pa' donde la cucha y allá me quedaba hablando con ella hasta las doce de la noche. Cuando llegaba le daba chimba al Riqui y me quedaba dormida hasta el otro día. Lo duro, parece, fue cuando caí en cuenta del retraso y claro, estaba preñada. Me hijueputié un millón de veces y como mi marido no podía tener hijos él me había jurado que si algún día le llegaba embarrigada me metía un tiro por el culo. Yo me cuidaba mucho de eso, la cucha era una experta en el ritmo y ella me llevaba las cuentas. Los días que no se podía, ella se los sacaba de mi chimba cuando veía que ya estaban a punto de venirse y recibía el polvazo en la de ella.

Yo no sabía pa' donde coger, me provocaba colgarme de una de las vigas de la casa. Entonces la cucha ésta me dijo que fresca, que me metiera una cebolla junca por la cuca, bien adentro de la vagina, que eso me quitaba el problemita, y eso fue lo que hice. Incluso ella misma me metió la cebolla. Cuando llegué a la casa estaba tranquila, pero como no dejé que el Riqui se me montara entonces recibí una maderiada. Ay Paulis, al otro día amanecí con una fiebre tan tenaz que la colcha estaba mojada del sudor tan teso, eso chorriaba agua por todas partes. Como estaría de mal que el mismo Riqui se ofreció a llevarme al Hospital La María, pero le insistí tanto que me dejara quieta, que eso se me bajaba con las bebidas de Teresa, que al fin decidió ir a trabajar y dejarme la plata pa' que me fuera sola pa' el hospital en caso de que siguiera llevada.

Cuando él se fue, me saqué la cebolla como me había dicho la cucha, me bañé y me arreglé, cogí un bus y me fui pa' el General. La cucha me había dicho que allá todo bien, me entiende, cero preguntas y tales. Me temblaba hasta el culo. Llegué a urgencias como a las nueve de la mañana y me atendieron como a la hora. Por Dios Paulis que ese día pensé que me iba de cajón. El médico que me atendió me trató a las patadas, y me metió miedo diciéndome que había estado de buenas porque la infección no me había roto el útero y casi es fijo que lo rompía y si eso hubiera pasado me habían tenido que vaciar o me hubiera ido de cajón.

Cómo a las once de la mañana me llevaron pa' la sala donde estaban todas las parturientas. No Paulis, que olla eso, uno bien llevado por un aborto y las otras ahí mostrando su barriga, no, qué hijueputa banderiada le pegan a uno con eso. Como a la una me

entraron a la sala esa donde entraban todas las de los partos, me preguntaron si venía con alguna persona y les dije que no. Entonces me dijeron que me iban a hacer un curetaje y que posiblemente me tenía que quedar hasta el otro día. Ahí si me timbré. Pero yo dejé que me metieran a cirugía y que me hicieran lo que me tenían que hacer.

Cuando me desperté, estaba en una sala con un montón de viejas. Me sentía como mareada y con todo como encalambrado. Entonces la enfermera me entregó la bolsa con mi ropa, me dio una fórmula con unas pastillas que tenía que comprar y la cuenta. Me advirtieron que si no me quedaba quieta, cuidándome y tales, me iba a poner peor. La enfermera dijo que todo había salido bien, que no iban a tener que dejarme en el hospital, es decir, que podía salir de una.

Cuando ya estuve lista yo le pregunté a la enfermera que qué era eso de curetaje y ella me dijo que era una raspada que le hacían a uno en el útero pa' sacarle el crimen. Entonces yo le dije que quería quedarme con el crimen que me habían sacado, ¿si o si parece?, quería quedarme con el feto. La hijueputa enfermera me dijo que eso ya estaba en la basura y que allá les estaba prohibido entregarlo. Yo le dije que por la basura no se preocupara que a mí no me daba asco sacarlo, pero que quería verlo. Entonces la vieja esa me dijo: "no ve, es que ustedes se ponen a hacer las cosas y después se arrepienten". Pero yo arrepentida no estaba, pues más arrepentida iba a estar en la tumba apenas el Riqui me matara. Le rogué tanto a la hijueputa que al final siempre me lo mostró y hasta terminó regalándomelo. Eso era una bolita de carne, no se veía nada, ahí uno le adivinaba cuál era la



forma de la cabeza, pero eso no tenía nada.

Yo salí como a las cinco y media de allá y me llevé el fetico en un frasquito que me regaló la enfermera. Me cobraron como cinco mil pesos, pero el Riqui sólo me había dado \$1000, entonces llamé a la cucha esa y ella me dio la plata y me pagó el taxi pa' la casa. Como a las seis llegué y ahí mismito me acosté, el Riqui estaba como una fiera, pero cuando me vio tan pálida le dijo a las muchachas que me dejaran tranquila.

Yo escondí el frasco debajo del colchón de la cama y me acosté. Es que andaba muy mal, estaba que me vomitaba, todo me dolía... no, qué güevonada. El Riqui esculcó la cartera donde me pilló la fórmula y salió a comprarme las pastillas. Me llevó una con aguapanela y ni me preguntó que tenía. Al otro día, el Riqui salió. Yo no me levanté en todo el día. Me quedé acostada pensando en el feto. ¿Sabe qué pelada?, yo ese día decidí que él también merecía tener una sepultura digna, ¿por qué no?, él también era un ser humano. Yo sé que lo maté, pero Paulis, era él o yo, ¿si me entiende parece?, esa es la ley de la vida. Él todavía no tenía apegos aquí, yo sí. Además, si el Riqui me hubiera matado también le había tocado a él. Yo por eso no siento ningún remordimiento parece.

Al otro día sí me levanté y le serví el desayuno al Riqui. Lo único que me dijo era que esa vaina sí sabía a desayuno y salió y se fue. Entonces me entré pa' la pieza, saqué el frasco y me fui pa' el solar. Allá le eché la bendición y bauticé al feto, lo puse Beto, por el parecido con lo que era, y le recé un padrenuestro. Pero me fijé un pacto con él, le dije: "Beto, usted que no alcanzó a nacer y que no conoce la maldad de este

mundo va a proteger esta casa de los demonios y malevos, yo le prometo que de hoy en adelante dejo de andar putiando por ahí". Y así fue. De hora en punto que no volví a salir a joder con nadie por las noches.

Pero ahí fue donde empezaron todas las tragedias de esta casa. Ese día a las cinco de la tarde el Riqui llegó, cerró los postigos de las ventanas, se entró pa' la cocina, se sentó en un banquito junto a la mesa, se comió lo que le había servido y se encerró con las niñas a hacerlas dormir. Como a las siete pasó a rezar el rosario con mis hermanas, entonces yo me le aparecí y le dije que también quería rezar. Apenas me vió, la gonorrea ésta me miró como si hubiera visto un espanto, y me dijo: "usted qué hace aquí, no debería estar en la calle o es que se me va a hacer la enferma hoy también". Yo le respondí que todo bien, que yo había decidido no volver a salir. Entonces cogió el palo y me dijo: "gonorrea, o te vas o te acabo a madera". Pero un pacto con un muerto es un pacto con un muerto, yo eso sí lo respeto mucho. Entonces me armé de valor y le dije: pues máteme, pero yo de aquí no vuelvo a salir por la noche.

El Riqui cogió el palo y empezó a pegarme y a decirme: "¿qué te pasó, puta?, ¿fue que te violaron o qué?, te largás de aquí ya si no querés que te eche del todo de la casa, aquí mando soy yo" ... y bueno, un montón de güevonadas. Entonces yo toda aporreada pa' donde iba a coger, pero le dije que listo, que me iba y me salí pa' la puerta y ahí me quedé hasta las doce. Cuando entré, me acosté. Esa noche como que el hijueputa estaba lleno porque no me pidió nada. Al otro día sí me la pensé bien y por la tarde, cuando el Riqui se encerró con las niñas, yo me

entré pa' la pieza de nosotros y me escondí debajo de la cama. Yo había pensado que cuando estuvieran terminando el rosario me salía de ahí y me escondía en la sala hasta que fueran las doce. Después, me hacía la que apenas estaba entrando.

Cuando el malparido este salió de la pieza de las niñas me buscó por toda la casa, al ver que no estaba se entró disque a rezar el rosario con las otras. ¡Pero qué rosario! En vez de padrenuestros empecé a escuchar que el cucho éste les decía que se desvistieran, que se tocaran las tetas, que se metieran el dedo por la cuca, que se lo mamaran. A mí al principio me pareció que estaba loca, es que, parece, yo nunca creí que el hijueputa me mandaba pa' la calle pa' poder comérselas a todas.

Cuando me di cuenta de eso me fui pa' la cocina, cogí un cuchillo y me entré pa' la pieza a matarlo. Todas estaban en bola, y yo me le tiré encima y le alcancé a dar. Las muchachas saltaron a defenderlo y la emprendieron conmigo, me pegaron con todo lo que encontraron y la Teresa me gritó y me dijo que ellas dizque "lo amaban" y que si lo iba a matar que las matara a ellas mejor. Yo como que no podía con eso, pero me desencalamburé y me fui a encerrarme a la cocina. Allá amanecí. Al otro día, salieron las cinco con el Riqui pa' donde el médico, dizque estaba muy grave alcancé a escuchar. Es que le enterré ese cuchillo con una ganas.

Aproveché pa' preguntarle a las niñas qué les hacía el Riqui y ellas todas inocentes me dijeron que jugaba con ellas y las hacía dormir. Que les quitaba la ropa, les hacía cosquillas, les calentaba el cuerpo con las manos y luego les ponía las pijamas, y les contaba cuentos hasta que se dormían. Les pregunté que si lo habían visto sin ropa y me dijeron que nunca. La Yusney, la menor,

sólo tenía seis años. Ella me dijo que él las hacía dormir muy rico y las otras me dijeron que él era el mejor papá del mundo, en resumidas cuentas todas estaban encoñadas con el malparido este.

Cuando volvieron del hospital llegaron sin él, ninguna me quiso decir nada. Hasta que por la tarde la Mariela me advirtió: "vea maricon, si Riqui se muere, la matamos". El problema fue pa' que las niñas se durmieran. Estas güevoncitas estaban tan acostumbradas a eso que entre ellas mismas se pusieron a calentarse. Las otras como que les contaron que por mi culpa Riqui estaba pa' morirse y ahí fue cuando comenzó el odio de todas. Yo me fui pa' el solar y le pedí a Beto que protegiera y las salvara a ellas de la vida endemoniada que estaban viviendo. Es que yo si fui muy hijueputa, nunca me preocupé por ellas. En la casa nadie salía, no había televisión, no había contacto con el mundo, me entiende.

Al otro día se murió el Riqui y yo pa' la cana. Las mismas hermanas fueron las que llamaron a los tombos. Allá estuve diez años, en el Buen Pastor. En siete años nunca supe nada de nadie, hasta que un día se apareció la Marina por allá. Yo apenas la miré. Ella me dijo que cuando cumpliera la condena me esperaban en la casa, que ya todas me habían perdonado y que la casa todavía estaba en Kennedy, en la misma calle. Yo les escribí algunas cartas, pero no me respondieron, es que pa' Dios que no sabía si ellas si sabían escribir y leer, eso en parte me daba ánimos.

El día que salí, estaba más desubicada, parce, yo no tenía ni idea de esta ciudad, veía todo tan grande y tan raro. Pero lo mejor era que la Marina, Yiset y Adiel me estaban esperando. Yo sentí una emoción tan hijueputa y por Dios que fue Beto que quiso que yo volviera a donde él. No cruzamos palabra en todo el camino, cuando llegamos a la

casa me dijo la Yiset: "si quiere vivir con nosotras se tiene que someter a todo, aquí las vainas no son como antes".

De la casa no quedaban sino las tapias roñidas, el zaguán largo y oscuro, porque desde hacía cinco años les habían cortado la luz, un solar sin flores y unas piezas llenas de telarañas en las que sólo estaban las camas. De la sala todo había desaparecido, muebles, cuadros y muñecas. Cuando llegué a las once de la mañana todos dormían. Las muchachas me mostraron la cama, Adiel me dijo que iba a dormir conmigo, que si quería me acostara con ellas, que iban a descansar un rato. Yo les dije que estaba mamada de estar encerrada, que iba a estarme en el solar un rato. Fui a saludar a Beto y a contarle cosas. Cuando al rato sentí un niño llorando y me entré pa' la casa, pero todo estaba solo. Me entré pa' la cocina. Estaban la misma mesa, los mismos banquitos y una olla con aguapanela en un fogón de petróleo y unos panes encima del pollo. Sólo eso.

Al momentico sentí que abrieron una puerta y entonces salí al zaguan cuando veo que reguero de muchachitos tan teso, casi me muero, me provocaba volverme pa' la cana. Detrás de uno de ellos salió una jovencita toda lindita, yo ahí mismo supe que era Yusney. Ella me miró todo feo y me dijo: ¿sabe qué matoncita?, si usted nos dejó sin él empiece a trabajar pa' que nos sostenga. Aquí se paga la comida putiando o manejando el ventorrillo. Escoja qué va a hacer".

Yo me puse mal, pero me quedé calletana. A eso de las dos de la tarde se levantaron todas. No vi a Teresa ni a Juana, después Adriana me contó que se habían largado y las habían encartado con los dos chinos que ellas tenían. Ahí poco a poco me fui acostumbrando a la rutina de la casa y me fui

apropiando del ventorrillo. Las muchachas dejaron los odios a un lado. Yo después fue que compré la tabla de chances y empecé a encargarme de todo lo que tenía que ver con eso. Las muchachas ya estaban todas putiadas y con de a hijo, ya no había nada que hacer. Lo que más me martirizó es que todavía conservaban del Riqui la cerrada de los postigos de la ventana a las cinco de la tarde. Mejor dicho, lo siguen conservando.

Lo último que supe es que la cucha se había vuelto la abortera de ellas. Yusney me contó que cuando se dio cuenta de que me habían encanado, ella se volvió como un ángel de la guarda pa' todas, pues cada mes les mandaba plata y comida. Después, cuando supo que todas se habían dedicado a la prostitución y por ahí derecho a tener hijos, ella aprendió con una vieja de Aures a hacer abortos, y es la que les aplica las vainas, luego se van pa' el General y se vienen con su feto. La última que abortó fue la Catalina, tuvo un par de mellicitos, esa casi se va de cajón, pero la vaciaron y se salvó de la muerte. Esos los enterramos en el solar hace poquito, con ellos son 12 los que no nacieron y nos protegen de los demonios. Pero Paulis, open de parche que van a ser las cinco y usted sabe las pintas que vienen.

* * *

Maryory abrió la puerta que alguna vez estuvo pintada de gris. Paulis entró con ella para ayudarle a sacar a la acera la tabla de chance. Vio, prendidas a las paredes del patio, miles de maticas de musgo corriente —ese que siempre aparece donde ya nadie mira ni toca— y al fondo del oscuro zaguán, la puerta del solar donde queda el jardín de los niños muertos.